

---

# hacia una teoría íntegra del hombre

---

P. ALFONSO L. QUINTÁS.

L'homme dépasse infiniment l'homme.

(Pascal.)

En el artículo correspondiente al mes de mayo pasado expuse la orientación humanista que está a la base del llamado Movimiento alemán de Juventud. Ahondando en el mismo tema del Humanismo actual, tan importante para cuantos de un modo o de otro deciden la marcha de la cultura, pienso que será de gran interés señalar las líneas directrices de una Antropología específicamente cristiana y, por tanto, verdaderamente integral. Lo haré siguiendo el pensamiento de uno de los pensadores más ponderados y clarividentes del momento actual: Romano Guardini, "Premio Erasmo" 1961.

Guardini ha sentido en todo momento una tensa preocupación por el logro de una Antropología de bases rigurosamente cristianas. En el fondo, toda su labor sirve a esta tarea. Se destacan, sin embargo, a este respecto, tres obras—*Freiheit, Gnade, Schicksal; Welt und Person* y *Sorge um den Menschen*—, un folleto—*Wer Gott kennt, kennt den Menschen*—y el manuscrito de una obra todavía inacabada: *Der Mensch*. En ésta se halla la clave metodológica para entender la posición de Guardini frente al problema del hombre. Estimo, pues, sobremanera importante realizar aquí una breve reseña de este trabajo, cuya lectura me hizo posible la amabilidad del autor.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX el pensamiento científico-mecanicista consideró al hombre como un trozo de naturaleza, algo perfectamente natural y, por tanto, bien definido y claro. Los humanistas consagrados al cultivo de las llamadas Ciencias del espíritu centraron su pensamiento en la *cultura*, producto específico de la actividad humana que influye, a su vez, sobre su mismo creador. Ambas corrientes fueron, en principio, optimistas, pero, a la hora de profundizar en el conocimiento del ser humano, su unilateralidad las tornó escépticas.

En la interpretación del hombre desempeña, asimismo, papel importante a lo largo de los últimos cien años la mentalidad "heraclítea", que intenta superar la precariedad de lo finito con la falsa infinitud de la distensión temporal. En Nietzsche, por ejemplo, lo finito recibe atribuciones de infinito a través de la vinculación de la teoría del "eterno retorno" con la del advenimiento del superhombre. El hombre de la Edad Moderna se consideró gravado con una responsabilidad infinita por haber "usurpado las prerrogativas de Dios" (Nietzsche).

Si la corriente científico-mecanicista y la humanista parecen haber hecho crisis en la primera guerra mundial, la tendencia heraclítea adquirió el prestigio de que antes carecía a merced del culto que empezó a tributarse a la categoría de *devenir*. El carácter inconcluso del hombre, ser dramático en su más ge-

ruina esencia, provocó en este clima de romántica exaltación de lo fluyente un insospechado auge de los estudios antropológicos.

Mas he aquí que, al perder energía—por las causas conocidas—, la pretenciosa luz racionalista, los ojos de los europeos cobraron nueva fuerza para adentrarse en la "oscuridad" específica del misterio, vocablo que, en la terminología marceliana, alude a las realidades que no pueden conocerse como "objetos" por ser algo mucho más sutil, más rico y, en el fondo, más real.

Guardini aborda el problema del hombre desde esta situación de apertura, quebrando los moldes de la tendenciosa actitud de retracción consagrada por ciertos círculos intelectuales. "Si algo nos han enseñado los últimos treinta años—escribe—es a no respetar en exceso lo que 'se' tiene por indiscutible, sea por parte de intelectuales o de no intelectuales" (1).



#### METODO CICLICO

Esta aceptación reverente de la complejidad misteriosa de lo real inspira, respecto a la Antropología, un método "cíclico" de investigación, que se contrapone al "arquitectónico" de mera yuxtaposición, e implica el estudio de cada problema parcial a *la luz del todo*. Se mueve este método en círculos concéntricos, o al menos convergentes, por cuanto es siempre de algún modo el conjunto lo que se intenta poner al descubierto desde alguna vertiente particular. "Los siguientes apartados—escribe Guardini—e incluso, a veces, cada uno de los capítulos muestran cierto carácter conclusivo y autónomo, y su relación mutua no es la de un progreso lineal, sino la de una mutua penetración y esclarecimiento" (2).

Esta orientación holista se basa en la fuerza cohesiva de las realidades entitativamente muy nobles, que Guardini ve simbolizadas en lo "viviente concreto". De ahí que el contacto *primario* y fundamental del hombre con la realidad deba consistir en un "encuentro" (*Begegnung*), por ser una forma *integral* de contacto que sitúa y orienta la elaboración intelectual posterior. Lo *primario* es, pues, la percepción de lo *profundo*.

Esto nos insta a descubrir y hacer justicia a los diferentes modos de acceder a lo real. Guardini distingue tres principales:

1. El modo directo de la experiencia interna y externa.
2. El modo de darse Dios en la Revelación.
3. El modo complejo en que se revelan algunas realidades que, aun perteneciendo al campo de la

experiencia humana, sólo descubren plenamente su secreto al ser iluminadas por la luz de la Revelación.

De estas formas de acceso a lo real, sólo la primera responde a las exigencias del conocimiento *objetivista*, atenido en exclusiva a lo asible y mensurable, posible objeto de cálculo y saber técnico. Pero no por ello son las dos formas restantes menos *rigurosas* si nos cuidamos de matizar debidamente el concepto decisivo de *rigor*. A medida que se asciende en la escala de los seres, el conocimiento gana en amplitud y hondura lo que pierde en exactitud coactiva, y su rigor adquiere nuevas matizaciones. Por implicar compromiso *personal*, el conocimiento de lo profundo no es coactivamente transmisible, pero esto no implica que degenerare necesariamente en *arbitrario*, como no se reduce la persona a mera subjetividad.

Frente a la complejidad de lo real, lo decisivo es adivinar el punto del que brota la fuerza unificante de la multiplicidad dispersa, la "unidad más íntima, transestructural" que late bajo las diversas manifestaciones de una realidad. Para lograrlo, Guardini no duda en movilizar todos los recursos que tiene el hombre a su alcance, aunque ello rompa el cerco de cautela puesto al conocimiento humano por una tradición racionalista. "Los objetos que están a la mano (*vorhanden*), los valores de las realidades biopsíquicas en general, e incluso—hasta cierto punto—los contenidos significativos de la cultura objetiva pueden ser captados en ellos mismos, de modo directo. Pero cuanto más se acerca un fenómeno al ámbito de los seres espirituales, cuanto más de cerca afecta a la salvación de la persona, tanto menos puede lograr por sus propios medios una plena manifestación de sí mismo. Necesita, más bien, inscribirse en la esfera bañada por la luz de la Revelación para mostrarse en su verdadera esencia" (3).

Esto indica que, frente a las pretensiones de impersonal absentismo de la corriente objetivista, la "seriedad existencial" que reclama nuestra época no puede consistir en romper los moldes de un modo de conocimiento anclado en lo esencial profundo, a favor de un despliegue dinámico meramente puntual, y superficialmente empirista, sino en renunciar a la comodidad de un sustancialismo rígido—fruto de una visión superficial del ser—para entregarse al riesgo de una concepción personalmente comprometida de lo que perdura a lo largo del cambio por imponerse, a fuerza de altura entitativa, al fluir espacio-temporal. El estilo *existencial* de pensar no se caracteriza por falta de firmeza, sino de rigidez, y no se funda, por tanto, en formas de ser precarias, por insustantivas, sino flexibles, por "superobjetivas".

Esta actitud lleva a la base un conocimiento exacto de la alta densidad ontológica de aspectos, como las relaciones, a los que no se ha hecho a través de la Historia la debida justicia, por la primacía de que

gozó lo *objetivo*—lo medible y asible—en la Teoría del Conocimiento.



## EL ENCUENTRO COMO FORMA DE CONOCIMIENTO

A colmar esta sensible laguna está llamada la teoría del "encuentro", como forma de acceso integral, humilde y personalmente comprometido, a la realidad en toda su amplitud. Esta actitud de compromiso, al ser *personal*, no provoca el envaramiento subjetivista del individualismo egolátrico, sino la apertura incondicional a campos de realidades profundas, dotadas de cierto grado de intimidad.

Esta ampliación del horizonte cognoscitivo abre nuevas e insospechadas posibilidades al conocimiento del hombre, ser en extremo complejo que sólo ante un espíritu flexibilizado por una actitud de piedad o amor reverente puede aparecer en la plenitud de sus implicaciones. Por eso subraya Guardini con insistencia que no es una *teoría* cristiana sobre el hombre lo que importa, sino algo que precede a esta elaboración teórica, es a saber, un *encuentro*. "Primera—escribe—debo acceder al fenómeno, antes de intentar captarlo mediante ideas. Antes de poder hablar acerca del hombre debo verlo." Y en este *ver* está operante la vida entera del hombre, su modo de ser y estar en el mundo, su concepción del Universo y las más ocultas y entrañables vibraciones de su existencia.

Porque conviene advertir que el conocimiento es un "acto integral del hombre", no la "configuración de un complejo caótico de sensaciones mediante un entramado de categorías abstractas en el seno de un sujeto igualmente abstracto" (4). El conocimiento no se limita a la elaboración racional de las Ciencias, pues si éstas se ocupan exclusivamente de conceptos y leyes, la intuición atiende a lo concreto en cuanto tal, al carácter irreplicable-viviente de la figura humana, al entramado que *hic et nunc* forman entre sí los elementos que integran la realidad—cosas, fuerzas, relaciones energéticas—, a los individuos y sus intransferibles situaciones. "Todo esto supera el alcance del conocimiento científico, por mucho que se perfeccionen sus métodos de investigación."

La antropología actual está sacudiendo la inercia del especialismo para movilizar cuantas formas de conocimiento significan ventanas abiertas hacia la realidad humana. Además del conocimiento científico, imprescindible para dar razón de uno de los estratos entitativos que constituyen al hombre, debe el antropólogo hacer justicia a los diferentes modos de conocimiento intuitivo—como el artístico e incluso

el mítico—. La configuración artística confiere a la confusa realidad la nitidez de la imagen intuible, de modo que es un error de Esteticismo superficial considerar la obra de arte como inessential respecto a la función cognoscitiva. Esta "captación de las imágenes" es lo que originariamente se llamaba por antonomasia "visión", poderoso medio casi mágico de penetrar en el sentido interno de los seres y ganar de ese modo un cierto poder de dominio sobre ellos. El conocimiento mítico, por su parte, nos enseña, entre otras cosas, a ver el mundo o presentirlo como un acto de donación.

Estas diferentes formas de conocimiento, aun siendo cualitativamente distintas, se dan conjuntamente en ciertos casos, como en la poesía filosófica más honda, o en ciertas formas depuradas de Psicoterapia.

Ahora bien: si el conocimiento es una "forma de encuentro con el mundo" (5), determinada en gran parte por la fuerza unificante que late en los seres dotados de intimidad, se deduce que el acto de conocimiento constituye esencialmente un protofenómeno de la existencia, realidad originaria que debemos aceptar como un don, experiencia primordial que inspira todo posible análisis posterior.

Lejos, pues, de fundar la separación entre sujeto y objeto, como pretenden los vitalistas más extremos, al modo de Klages y Gehlen, el conocimiento intelectual hace posible una relación de dominio y libertad frente al mundo y a sí mismo, al liberar al hombre de la temible opresión de lo vital, situándolo en niveles supraindividuales en que logra llevar a pleno logro todas sus potencialidades.



## EL HOMBRE SE SUPERA A SI MISMO

"Si es cierto—afirma Guardini—que un día Dios resolvió venir al mundo y llevar sobre sí nuestro destino, queda en claro la imposibilidad de lograr un conocimiento seguro del hombre mediante la aplicación de categorías tomadas de las Ciencias de la Naturaleza o de las Ciencias del Espíritu. ¡Qué inmenso riesgo, experimento o aventura es el hombre!" El ser humano es un dramático suceso que no obedece a ese puñado de leyes físicas cuya precisión hace aparecer como algo sólido. La ley de la que pende en definitiva el hombre es algo tan inasible e inefable como la voluntad amorosa de Dios (6). De ahí que los conceptos de *aventura*, *experimento* y *riesgo* deban perder aquí el matiz de labilidad que parecen llevar adscrito, para aludir a la forma eminente de perduración y sustantividad que caracteriza a los seres ontológicamente más nobles.

Importa sobremedida subrayar en este contexto

que Guardini orienta todas sus investigaciones conforme a un principio jerárquico, que, por mi parte, no dudaría en formular así: Toda realidad finita logra su momento de plenitud al superar el plano en que se da y ser asumida en uno superior: lo inanimado en lo vital; lo vital en lo animal; lo animal en lo espiritual, y cada forma de espiritualidad en las formas correspondientes de espiritualidad superior. Sólo en Dios, de consiguiente, llega el hombre a pleno logro y alcanza su definitiva clarificación. "El mundo sólo existe plenamente cuando alberga en sí la profundidad del misterio divino. El hombre sólo es cabalmente hombre cuando ha desarrollado su sensibilidad religiosa" (7). Al ser asumido en un campo superior de expresión ontológica, cada elemento del Universo pone en tensión todas sus posibilidades al servicio de la función expresiva del conjunto; y logra con ello su punto de máximo desarrollo y poder auto-expresivo.

Apoyado en esta orientación personalista, Guardini entiende que el hombre y el mundo no pueden ser deducidos de modo lógico por ser ambos fruto, en todo rigor, de un acto de *donación*. Visto el Universo con la debida radicalidad, se observa en su trasfondo una serie de relaciones constitutivas más afines a las personales que a las infrapersonales.

Esta actitud comprensiva hace posible a Guardini ser fiel a la irreductibilidad cualitativa de cada elemento del ser sin perder en ningún momento de vista la unidad del conjunto, condición esencial al pensar dialéctico-jerárquico. "Mi ser—afirma—está construido sobre relaciones expresivas, mediante las cuales algo profundo se va expresando en algo más superficial, hasta llegar a lo último, lo más íntimo, que se expresa a sí mismo en todo lo demás" (8).

Como Peter Wust y Theodor Haecker, Guardini ha subrayado en toda su labor, con singular clarividencia, la dialéctica específica del espíritu humano. "A la esencia de la situación humana corresponde que cada valor, por puro y valioso que sea en sí, provoque efectos ambivalentes, en cuanto se adentra en la esfera de la realidad histórica. La salud es plenitud vital y alegría; pero puede hacer al hombre basto e insensible; el saber libera y forma, pero también debilita y exacerba; la belleza es una fuerza expresiva y reveladora, pero saca al hombre fuera de lo real, reblandece y resta seriedad..." (9).

Las precisiones anteriores nos permiten situar en su verdadera dimensión y alcance la posición de Guardini respecto a temas tan sugestivos como la persona humana y la comunidad, el conocimiento y la fe, la melancolía y el contacto vital con lo profundo, etc. En un artículo posterior tendremos ocasión de abrirnos al horizonte amplísimo que descubren estas fecundas cuestiones.



(1) Cf. *Der Mensch.*, pág. 13.

(2) *Ibíd.*, pág. 2. Casi literalmente haría más tarde K. Jaspers la misma afirmación respecto a su obra *Von der Wahrheit*.

(3) *Loc. cit.*, pág. 9.

(4) *Ibíd.*, pág. 30.

(5) *Ob. cit.*, pág. 33.

(6) *Ob. cit.*, pág. 115.

(7) *Ob. cit.*, pág. 54.

(8) *Ob. cit.*, pág. 170.

(9) Cf. *Ob. cit.*, pág. 139. Véase en págs. 142-43 la descripción de los contrastes característicos de lo religioso.